



*Francisco Díez-Santos Bullón, obispo de Sigüenza y durante sus últimos años arzobispo de Burgos.*

## SIMPLE MUJER, MUJER ENAMORADA

Si expongo mi caso a Su Ilustrísima no es por confesión y menos por arrepentimiento, los cuales nunca hicieron nido en las estancias de mi desdichada ánima.

Tenga bien presente, Su Ilustrísima, que esta pecadora tiene mucho que suplicar a Dios Todopoderoso, que un día nos ha de juzgar por nuestras faltas, pero nunca por las que me achacaron con malas mañas las ponzoñas de esas lenguas que con el puñal de la maledicencia se clavaron en mi inocente espalda, al tiempo que arrojaban sobre todos nosotros los más viles e inmundos de los lodos.

Siempre tengo presente sus muchos consejos y el bálsamo de sus palabras, que en mi niñez escuché, y en especial cuando recibí de sus benditas y santas manos por primera vez el Santísimo Cuerpo de Nuestro Redentor y Señor Cristo. Y muchos son los días en que rememoro los bullicios, algaradas, deogracias y volteos de campanas con que esta villa, que es la suya, celebró la entrada triunfal de Su Ilustrísima en Burgos, coronado por la mitra del Arzobispado. Además, tenga bien presente que ninguno aquí borraremos

de nuestras mentes la larga dádiva de su generosa mano para todos nosotros.

Hasta Su Ilustrísima habrán llegado los truenos de tormenta negra que han arrojado todo el barro del descrédito sobre mi cabeza, hoy errante y desvaída. Por ello y para que sepa interceder por ésta, su desdichada sobrina, le escribo estas líneas, para verme así alejada de esta afrenta que hoy me sepulta.

Todo dio principio en los años de infancia, cuando mis torpes pasos correteaban por la solana con primos y criados. Mis querencias en juegos se decantaron hacia Joseph, el hijo menor de uno de nuestros pastores. Como el agua mansa e inocente, que en el remanso del río, con la lentitud de los días se va fundiendo en la tierra de la orilla, así nuestros apegos, lealtades y fervores se hermanaron puros y cándidos a través de los pocos años, hasta llegar a los albores de la juventud.

Y llegaron los vientos dulces de mayo, que con su ejemplo de colores y nuevas vidas alborotaron nuestra sangre con dichas y rubores desconocidos. Joseph y vuestra humilde sobrina no podíamos estar un solo día sin enlazar nuestras miradas cargadas de fervores, al tiempo que bebíamos la miel de las caricias de nuestras manos fuertemente enlazadas. Así, mientras disfrutábamos de las cálidas brisas de las palabras que encienden fuegos y apagan miedos, como lo hace el pajarillo tembloroso y el pino que le da cobijo, pasábamos nuestras mejores tardes primaverales. Nada impuro germinó en nuestros corazones. Pero una tarde dulce, víspera de San Isidro, me fui sin permiso y a escondidas hasta Valle San Quirce, donde Joseph guardaba los rebaños. Allí, hermanados por cientos de robles testigos, nos juramos amor eterno, como lo hace la zarza con la lluvia o el sauce chico con su cielo.

Sepa Su Ilustrísima que no me arrepiento de nada, que Joseph y vuestra sobrina nada oculto ni pecado infame tie-

nen que esconder. Cuando don Diego Enríquez y doña Antonia Díaz Santos Bullón, cuñado y hermana de Su Ilustrísima y progenitores míos notaron mi falta en La Casona, emprendieron alocada busca, como si de un crimen o rapto se tratara. Voltearon campanas y lanzaron criados y vecinos sobre calles, arrabales, campos y valles.

Cuando todavía no habían aparecido los primeros guiños de las estrellas nos encontraron en San Miguel, ya de regreso. Aquella atardecida ha sido la más horrible de mi corta existencia. Mis progenitores y el preste de San Juan Bautista golpearon nuestros oídos con los mazos de sus voces, bañadas de terribles acusaciones. Joseph, apaleado, fue preso por el Santo Oficio, como malhechor infame que ha cometido sacrilegio en lugar santo. Yo he sido recluida en la celda de mi habitación, bajo vigilancia y con todas las prohibiciones del apestado.

Han pasado tres meses y no sé cómo se dará fin a este acero afilado que pende sobre nuestras cabezas. Se dice que los humildes padres de Joseph, mi única dicha en este mundo, han sido expulsados y desterrados de esta Casa. Y a vuestra sobrina le están buscando acomodo en las Carmelitas de Tordesillas, para sepultarme en vida.

Si Dios Todopoderoso y su Amantísima Madre, Santa María del Castillo, escuchan mis plegarias y rezos, que día y noche salen de mi boca, me hagan la dicha de reencontrarme con Joseph muy pronto en la Eternidad, porque en este mundo no hay ya lugar para nosotros dos.

Pido clemencia a Su Ilustrísima, por si su justicia tiene a bien interceder por esta su sobrina, cuyo único pecado y yerro ha sido el de ser simplemente una mujer que puso el amor de sus ojos en los de un pobre pastor, lejos, muy lejos, de nuestro linaje. Tenga piedad S. I. de su sobrina, que solamente ha cometido el pecado de ser una mujer enamorada.